



## SEXTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO\*

### “Felices los pobres porque de ustedes es el Reino de Dios”

*Luis Fernando Crespo*

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario.

**Lecturas:** Jeremías 17,5-8; 1 Corintios 15, 12.16-20; Lucas 6,17. 20-26

El texto del evangelio de Lucas, que hoy se nos propone, nos hace pensar con razón en el “sermón del monte” que leemos en el evangelio de Mateo. Ambos han tomado su material de “Los dichos de Jesús” recogidos en la llamada “Fuente Q”. Pero los dos evangelistas los seleccionan y organizan a su manera. Lo primero que llama la atención es lo referente a la ubicación: en Mateo se sitúa en “el monte” (Mt. 5,1), mientras que Lucas “en un paraje llano” (Lc. 6,17). El auditorio en ambos casos está compuesto por los discípulos y por una muchedumbre del pueblo. Sin duda recoge palabras y mensajes que Jesús ha debido repetir en diversas oportunidades y que los dos evangelistas seleccionan y organizan cuidadosamente. El contenido se inicia con una proclamación de Bienaventuranzas, la primera de ellas en los dos evangelistas se refiere a los pobres. Las fórmulas encabezadas por “bienaventurados” o “felices” las encontramos con frecuencia en el Primer Testamento, especialmente en los libros llamados sapienciales y en los Salmos. Pero enseguida encontramos diferencias claras en los enunciados de los dos evangelistas: la más evidente se refiere al número, mayor en Mateo. En Lucas, en cambio, van seguidas de una serie de amonestaciones: “¡Ay...!” dirigidas a los ricos. En Mateo están formuladas en tercera persona del plural, digamos que como enunciados generales; pero Lucas las plantea en segunda persona del plural, como quien se dirige de manera directa a personas y grupos que estarían presentes entre los oyentes. La diferencia más notoria y comentada la encontramos en la formulación de la primera de ellas: la inclusión “de espíritu” en la versión de Mateo, mientras que Lucas mantiene escuetamente “los pobres”. En una perspectiva semejante Mateo declara “Felices a los que tienen hambre y sed de justicia”, cuando Lucas se refiere sin más a “los que tienen hambre”, pero añadiendo un inquietante “ahora”, que repite al dirigirse a “los que lloran”, expresión que encontramos igualmente en Mateo. Centramos el comentario en la versión de Lucas.

---

\* Ciclo C

“Felices los pobres, porque de ustedes es el Reino de Dios”. Así comienza con un tono que debió estremecer a los presentes, muchos ciertamente pobres, algunos también no pobres. Era sabido que Dios ama y protege a los pobres –huérfano, viuda, extranjero-, pero nadie se había atrevido a proclamarlos “¡felices!”. Los mismos pobres se mirarían unos a otros entre desconcertados e incrédulos. Por si les quedaba alguna duda, siguieron escuchando “los que pasan hambre ahora” y “los que lloran ahora”. Sí, el profeta de Nazaret se refería a ellos. Y de ellos mismos se dice: “de ustedes es el Reino de Dios”, así en presente. La “Buena Noticia” es anunciada para ellos, en ellos pensaba Jesús cuando en la sinagoga proclamó: “El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la Buena Nueva a los pobres” (4,18). A ellos, pobres, enfermos, despreciados, se refería cuando enseñaba, curaba y sanaba. Lo venían experimentando: “todos cuantos tenían enfermos de diversas dolencias se los llevaban y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los curaba” (4,40); entre ellos, el endemoniado (4,33ss), la suegra de Simón (4,38), el leproso (5,12ss.), el paralítico (5,17ss). No es que ser pobre fuese una felicidad, la pobreza hace sufrir y eso es malo, Dios no lo quiere, lo rechaza. Pero felices los pobres porque el Reino de Dios es en verdad para ellos, en Jesús se manifiesta: los saca del anonimato, los reivindica ante la población, les abre nuevos horizontes de vida, los llena de esperanza. Es verdad que “ahora” pasan hambre y lloran, pero “serán saciados” y “reirán”. Lo que Jesús realiza ahora en algunos de ellos son signos del Reino ya presente, y garantía de que la plenitud futura del Reino les hará plenamente felices. Lo que denuncia Jesús, por más que parezca inaudito e increíble, se vuelve creíble en su cercanía compasiva y en sus acciones que dan vida y reconocimiento a los pobres. Lo que quizá nos falta hoy es el testimonio que haga creíbles las palabras que seguimos repitiendo.

Lucas conoce bien el mundo, sabe que los pobres son pobres porque hay ricos que injustamente los explotan, desprecian e ignoran. No puede proclamarse “felices los pobres”, sin denunciar y amonestar severamente a los ricos, que también están presentes entre los que oyen a Jesús y cuando Lucas escribe también en las comunidades. Con frecuencia en algunas parábolas Jesús había denunciado su “codicia” (12,15ss), su ceguera e indiferencia para no ver al pobre echado hambriento a su puerta (16,19). Ahora, entre advertencia y amenaza, les fustiga: “Ay de ustedes los ricos, los que ahora están llenos, los que ríen ahora, porque han recibido su consuelo, tendrán hambre, tendrán tristeza y llanto”. No se trata de una condena irremediable, es más bien un llamado apremiante a una conversión urgente y radical, se les dice de qué lado está la felicidad, hay lugar para un cambio de actitud en libertad. Lucas lo consigna más tarde en el caso del hombre rico que ante la propuesta de Jesús se volvió triste a su casa (18,18) y en el de Zaqueo (19.1ss), que “puesto en pie, dijo al Señor: Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres”. Jesús no deja sin respuesta aquella confesión. Emocionado, responde: “hoy ha llegado la salvación a esta casa...” (19,9).

La proclamación de las Bienaventuranzas y de las Amonestaciones da para pensar muy seriamente de qué lado nos encuentra en nuestra existencia concreta, en nuestras opciones e intereses. No se trata de algo estático, sino de opción deliberada y libre, pero consecuente y actuante. Definirse ante la relación tensa pobres-ricos significa

y expresa definirse ante el llamado a acoger el Reino de Dios, en lo que tiene de realidad ya presente y de promesa futura.

La primera lectura, tomada del profeta Jeremías, con su contraposición “Maldito”-“Bendito” parece querer preparar la comprensión de las palabras de Jesús: “Felices - Ay de ustedes”. “Maldito” para calificar a quien “se aparta de Yahvé en su corazón” o “Bendito” a “quien se fía de Yahvé, pues Yahvé no defraudará su confianza”. Saltando a las contraposiciones de Jesús, a los pobres se les llama felices porque Dios ha comprometido con ellos su palabra y no defraudará a quienes han puesto en él su confianza. El paralelismo con los ricos nos hace pensar que, al encerrarse y confiar en su riqueza, “se han apartado de Yahvé en su corazón”, en lo más hondo de su ser y de su existencia. Y se han apartado de los pobres, de sus sufrimientos y de su opresión. Sin duda a esa dimensión de profundidad se quiere referir Mateo al introducir el término “de espíritu”. La supresión de la pobreza no es sólo una cuestión de compromiso social, reclama conversión “espiritual”, que no significa ni justifica evasión alguna; exige más bien, como en el caso de Zaqueo, respuestas bien concretas.

En la segunda lectura, tomada de la Primera carta a los Corintios, Pablo cuestiona fuerte a un grupo de la comunidad que no acepta la resurrección de los muertos. Jesús había polemizado sobre el mismo asunto con el grupo judío de los saduceos. La oposición a la resurrección entre los corintios tenía otra fundamentación más filosófica, pero para Pablo era igualmente grave. Si no hay resurrección de los muertos, Cristo no ha resucitado. Y entonces la fe que predicamos y en la que creemos no tiene sentido y fundamento, es vana e inútil: “¡Somos los hombres más dignos de compasión!”. Pablo reacciona y proclama con la máxima convicción: “¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos como primicia de los que murieron”. En la afirmación de la resurrección de Cristo no sólo confesamos algo que le concierne personalmente a él; está en juego nuestra salvación, el sentido y destino de nuestra vida, su trascendencia definitiva, que incide en cómo asumimos nuestra cotidianidad y nuestras opciones fundamentales. ¿Te has puesto a pensar en serio: y, si Cristo no ha resucitado y si nosotros no estamos llamados a resucitar, ¿qué cambiaría en mi vida? Pero, si en verdad creemos que Dios ha resucitado a Jesús, ¿qué ha de haber de nuevo y liberador en nuestras vidas?